

Rosa Navarro Durán. Catedrática de Literatura Española en la Universidad de Barcelona. Autora de una versión del «Quijote» para niños: «A los que opinan del ´Quijote´ les sucede lo mismo que a él con los libros de caballerías»

«Sobre la obra debemos hablar expertos en literatura, no en economía o derecho»

J. C. GEA

Un encendido elogio del «genio literario» de Cervantes, capaz de crear en el «Quijote» «ricos y complejos personajes» que se alzan más allá de la intención paródica del libro, cerró el ciclo de conferencias sobre la figura femenina en la obra maestra cervantina organizado por la Tertulia «Les Comadres» y la Asociación «Sara Suárez Solís». La especialista, que destacó particularmente esa «riqueza y complejidad» encarnada en las «extraordinarias e inolvidables» mujeres del «Quijote», hizo un llamamiento igualmente apasionado, en mitad de la barahúnda del IV Centenario, para restituir la obra, al lector, «para que ría y disfrute», y a los especialistas en literatura, para que «se dejen de decir tonterías».



-Supongo que esa «riqueza y complejidad» es extensible a sus personajes femeninos.

-Sí. Cervantes tenía un arte creativo tal que incluso personajes secundarios, como los femeninos, son extraordinarios e inolvidables. El «Quijote» es una obra cómica y lo que hay detrás es una parodia, pero Cervantes es tan genial que después de parodiar otros modelos hace surgir personajes vivos en su obra. Eso se ve en algunas de sus mujeres. Por ejemplo, en las dos mozas del partido, las primeras que se encuentra don Quijote y que son esenciales en la ceremonia para nombrarle caballero. Podía haber utilizado arrieros y no putas, pero lo hace porque tenía un modelo que parodiar, «Tirante el Blanco», a quien rodeaban, cuando le nombraron caballero, siete damas vestidas de blanco que representan las siete virtudes. Entonces te das cuenta de cómo Cervantes está riendo como un loco. Si no entiendes esto, no entiendes la ceremonia, ni qué hacen esas dos mozas de partido ahí. Ahora bien, cuando don Quijote les pregunta el nombre a aquellas mujeres, y una dice que es la Tolosa y otra la Molinera, don Quijote les dice, «a partir de ahora os llamaréis doña Tolosa y doña Molinera». En vez de reírse de ellas, el lector sabe que han pasado de la burla a sentirse bien.

-Las dignifica

-Ésa es la palabra. Y eso es lo que me interesa: hacer ver cómo la palabra puede dignificar. Y todo ese juego se hace dentro de la literatura. Lo que me molesta a veces es cuando se pretende sacar del «Quijote» todo, cosas que no hay. Cojo unos berrinches estupendos.

-Un síntoma de la «quijotitis» general de estos días.

-No, si la «quijotitis» está muy bien porque se abren los libros a mucha gente que, por curiosidad, lee el libro. Pero eso no quiere decir que todo el mundo pueda opinar sobre él. Un catedrático de Derecho no puede, como lector del «Quijote», decir lo que se le ocurra, igual que yo no hablo de su especialidad. Uno tiene que hablar del «Quijote» si sabe algo de literatura. Si no, mejor que se calle.

-¿Y por qué con el «Quijote» se atreve todo el mundo?

-Porque don Quijote es un enfermo de literatura y su enfermedad es contagiosa. Cuando yo doy una conferencia sobre el «Quijote», no siempre digo todo a gusto de todo el mundo; entonces la gente lo ataca. Y eso es algo que sólo me pasa con el «Quijote». Es un territorio abierto, y todo el mundo se mete en él y quiere opinar, considerando además que su opinión es la buena, por más disparatada que sea. Hay toda una colección reciente de artículos en prensa cuyos autores son enfermos del «Quijote». Acumulan tonterías una tras otra, pero ellos consideran que están diciendo la verdad como expertos lectores. Les sucede lo que a don Quijote con los libros de caballerías. Se convierten en personajes del «Quijote», se meten dentro y empiezan a perorar.

-¿Todo esto no impide el cuerpo a cuerpo del lector con el «Quijote»?

-Eso es: lo del cuerpo a cuerpo es esencial. El crítico no puede interponerse entre el texto y el lector. Ahora bien, yo soy optimista y siempre creo que tanta opinión estimula al lector a ir al propio texto; pero indudablemente, desde Unamuno hasta ahora, los críticos lo único que hacen es alejarnos de él. Lo utilizan para su propia argumentación. ¿Estaba a favor o en contra de los moriscos? Unos dicen una cosa, otros otra. ¡Pero es que Cervantes no es un pensamiento único, el pensamiento de un día! Tú opinabas una cosa hace diez años y ahora otra. Cervantes, igual. Es un ser humano, cambiante. Pero todo el mundo intenta sacar, a partir del «Quijote», un pensamiento único de Cervantes. El otro día un experto en derecho decía que don Quijote no era partidario de la justicia estatal porque liberaba a los galeotes. ¡Pero bueno! Es que don Quijote no sabe quiénes son los galeotes. Tenemos que entrar en lo que quiere decir Cervantes. Y lo que quiere decir es que no había leído el «Guzmán de Alfarache», su gran rival, porque si lo hubiera leído, hubiera sabido quiénes eran los galeotes y entendido su lenguaje. Incluso si hubiera leído «Rinconete y Cortadillo». No está formulando un pensamiento político. ¡Es literatura, por favor! ¡Es el juego literario de Cervantes! Y de eso tenemos que opinar los expertos, no los especialistas en economía o en derecho.

-O sea, que hay que restituirlo al lector y a los especialistas.

-A los lectores, sobre todo, para que gocen y se rían. El mismo nombre del Quijote es ya cómico. ¿Por qué es de La Mancha? Porque la palabra tiene dos significados. Es una dilogía. ¡Es el único caballero que se pone una mancha en su linaje! Ahora bien, detrás de la parodia nos está dando enseñanzas vitales, por supuesto. Porque es una obra clásica. Tú no tienes por qué hacer una lectura política o ideológica sobre los conceptos de Cervantes o de don Quijote, y no puedes juzgar desde la perspectiva actual palabras sacadas de su contexto.

-¿Por ejemplo?

-Todos citamos el discurso de don Quijote en defensa de la libertad, maravilloso. Pero si lo lees en el texto, resulta que lo dice cuando se libera de Altisidora, una auténtica acosadora sexual. Es entonces cuando don Quijote, viéndose libre de Altisidora, dice «Oh, libertad...». Cualquier lector que no lo saque de su contexto se limitará a morirse de la risa.

-Cervantes no se deja coger ni por lo políticamente correcto ni por lo políticamente incorrecto. Incluidos feminismos.

-Todos los grandes escritores tratan bien a las mujeres. Cervantes, que vive rodeado de mujeres, también. Una de las figuras esenciales del teatro, que a mí me fascina, es la mujer tracista. Cervantes es un hombre muy de teatro y utiliza esa figura. En el siglo XVI, a la mujer no se la considera capaz de inteligencia, pero sí capaz de ingenio, que es una inteligencia de segunda categoría; es capaz de urdir un lío, de urdir trazas. Cervantes tiene tracistas estupendas: en el palacio de los duques, la que lo trama todo es ella. Lo único que no puede hacer es organizar un gobierno, y eso queda para el duque. Esta mujer tracista tiene un protagonismo extraordinario en el nervio central de la segunda parte junto a Altisidora. En otro plano, don Quijote vive idealmente porque le cuidan dos mujeres: una menor de 20 y otra mayor de 40. Todos los caballeros tendríais que desear esto en vuestra casa. Ellas le cuidan y le protegen.

-Fue el caso también para Cervantes...

-Y para ti y para mí. Es el papel que nos habían dado, y que la mujer desempeñaba muy bien. Hay aparentes excepciones, como el discurso de Marcela, que gusta mucho al feminismo, defendiendo la libertad de elegir; pero Marcela no es una pastora, sino una labradora rica... y huérfana. Sus padres han muerto, tiene dinero y sólo por eso puede elegir marido. En «La Galatea» ya hay antecedentes de estas labradoras que leen, con cierta cultura, ricas y huérfanas.

-Ni siquiera Cervantes podía saltar por encima de su sombra.

-Eso es. Hay que asumir la literatura en su contexto. ¿Que escribió palabras para que luego las podamos asumir más universalmente? Ciertamente. Pero no podemos hacerle decir cosas que no dice. Siempre utilizo «Yo nací libre» para mi propia satisfacción, pero Marcela está ejerciendo la única libertad posible para la mujer de la época. Y con las condiciones que he dicho.

-Firma una adaptación del «Quijote» para niños. ¿Se deja, una obra de tal complejidad?

-Se deja. Tanto es así, que creo haber sido muy fiel. La clave es tener el «Quijote» en la cabeza para no desestructurarlo. Y te permite ir dando vocabulario a los niños. Me dicen que es fácil de leer, y me fío de eso. En seis meses hemos vendido 70.000 ejemplares, algo increíble. Me han llegado a decir que hay niños de 5 años que piden por la noche que les lean un capítulo: de mayores irán al «Quijote».